

EDITORIAL

Un adagio popular dice que recordar es vivir dos veces. Quizá por eso el hombre aprendió a medir el tiempo y a sintetizar los sucesos y acciones de interés en el apartado de la historia. En el caso que nos ocupa, nuestra institución máter, acabamos de celebrar los 38 años de su fundación. El 13 de junio de 1967, para ser exactos, se instituyó la Universidad Autónoma del Carmen, como heredera de la prosapia, el prestigio y el patrimonio histórico del ya para entonces centenario Liceo Carmelita.

Tiempos de nimios presupuestos y estrechez económica. Muchos mentores impartían clases por salarios meramente simbólicos. Estabilidad y moderado desarrollo durante 18 años, antes de entrar a un periodo de inestabilidad por casi ocho años. No obstante, a partir de 1991 la Unacar entró de lleno en un proceso transformador contundente que, en menos de tres lustros, le ha otorgado proyección y prestigio incluso en el contexto internacional.

El rector Nicolás Novelo Nobles, en su informe leído el día 13 de junio anterior, lo explica así: “Después de los años gloriosos del Liceo Carmelita, que fue baluarte de la cultura peninsular del sureste mexicano, enfrentamos circunstancias difíciles que obligaron a una austeridad que acumuló carencias y rezagos. Los estamos enfrentando con decisión y con la voluntad y el esfuerzo de todos los universitarios, con el respaldo de los gobiernos estatal, federal y municipal, así como de los diferentes sectores de la sociedad civil”.

La memoria del padre de nuestra universidad, el general José Ortiz Ávila, se recrea entre los carmelitas agradecidos, que recuerdan cómo este hombre siendo gobernador del estado de Campeche, tuvo la visión progresista de entregar a esta ínsula generosa, el patrimonio más noble y poderoso de cuantos posee. Oportunamente, la comunidad universitaria de Carmen entregó el justo reconocimiento a su benefactor, de cuya propia voz le oímos decir: “si me preguntaran dónde me gustaría volver a nacer, diría que en el Camino Real, con mis indios; y si me dijeran que dónde me gustaría morir, diría que aquí, en Ciudad del Carmen, donde he recibido la calidez y el respeto de su gente”.

Han quedado atrás el despegue y sus vicisitudes, pero el futuro nunca estará exento de desafíos que desahogar o vencer. Con legítimo orgullo paseamos la mirada por los campus de nuestra institución máter, donde la ciencia, la tecnología y el arte se amalgaman en el ser y el pensamiento de una miríada de jóvenes deseosos de forjarse, en el campo profesional, un camino de servicio a la Patria y a la humanidad.

Acaso las aulas sean como bulliciosos nidos cuajados de párvulos inquietos, deseosos de volar y conquistar los laureles de la victoria sobre la ignorancia. Modernos edificios, jardines bien cuidados, instalaciones deportivas habilitadas con el equipo y el instrumental idóneo, así como un ejército de trabajadores, hacen de nuestra universidad un lugar propicio para el cultivo de hábitos positivos como la lectura, la reflexión, la convivencia, la recreación y práctica de los deportes.

Y los mentores, ahora inmersos en la dinámica del nuevo modelo educativo centrado en el aprendizaje, están convirtiendo el ejercicio magisterial tradicionalista en un foro donde el saber se enriquece con la investigación y el debate entre maestros y alumnos.

En la opinión del doctor Luis Alberto Fuentes Mena, quien fungió como rector entre 1989 y 1992, “la Unacar es orgullo no sólo para la región sureste sino de todo el país, pues en tiempo récord ha consolidado una institución de educación superior reconocida internacionalmente”. (EMH)